

En realidad
Ca. 332 / 30

CARLOS PEÑARANDA

57

La realidad
en un sueño

POEMA



340

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO

Calle de Alcalá, 7.



LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

PRECIADOS, 48

La realidad
G. 332 / 30

CARLOS PEÑARANDA

57

**La realidad
en un sueño**

POEMA



340

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO

Calle de Alcalá, 7.



LIBRERÍA DE FERNANDO PE

Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

PRECIADOS, 48

G/332/30

CARLOS PEÑARANDA

*Mario Méndez
Bejarano*

La realidad
en un sueño

POEMA



LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO
Calle de Alcalá, 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
PRECIADOS, 48

26880386

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla sin su permiso. Pueden, sin embargo, darse lecturas públicas de ella.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Presentimientos, ensayos poéticos.

Notas de una lira, poesías.

Indecisiones, poesías y cantares, con prólogo de D. José de Velilla.

Brisas de Otoño, rimas.

Cantos del pueblo, con carta-prólogo de Víctor Hugo.

Odas.—*Poesías varias*, con prólogo de D. José Carvajal.

Nuevas poesías.

Cartas puertorriqueñas.

Artículos.

Discurso en elogio de Cervantes.

La Conversión de un Zegri, leyenda, con prólogo de D. Narciso Campillo. (Segunda edición.)

El Obrero de Maguncia, drama en verso.

Post núbila, poesías.

Prosa.

Por la Patria.

Poesías selectas.

Más prosa.

El tirano de sí mismo, drama en tres actos y en verso.

La realidad en un sueño, poema.

EN PREPARACIÓN

Recuerdos de Filipinas.

Cuentos y epigramas.

Ideal, poema.

Magdalena, ídem.

La limosna, ídem.



M. M. BEJARANO

A mi sabio amigo y maestro el Sr. D. Mario Méndez Bejarano, en testimonio de gratitud y cariño.

Carlos Peñaranda.

Maguncia.—1457.

«Oí dos voces, dos voces desconocidas y de timbre distinto, que, alternativamente, me hablaban en el alma.»

(Palabras atribuidas á Gutenberg.)

CANTO PRIMERO

La tarea.

I

Cual fugitivas huestes derrotadas,
hacia el confuso término de Ocaso
van, dispersas, las nubes enlutadas.

Que huyen del alba ante el fulgor escaso,
como los monstruos que forjó la mente
cuando un rayo de sol les cierra el paso.

Era la hora en que el risueño Oriente,
á las caricias de la luz primeras,
tiñe en carmín la adormecida frente,

y, del viento á las ráfagas ligeras,
los árboles sacuden en la umbria
sus graves, soñolientas cabelleras.

Niebla de invierno, perezosa y fría,
como incienso en un templo, se elevaba
al beso de la luz. Amanecía.

II

Larga ha sido la noche. Agonizaba,
y aun á la luz de la indecisa aurora,
palmo á palmo el espacio disputaba.

¡Ay! Al que, insomne, mide, hora tras hora,
el curso de la noche triste y lenta
en que angustiosa fiebre le devora;

al que falta recóndita atormenta
con recuerdo imborrable; al que, sumido
en dura cárcel, por suspiros cuenta

de su prisión el plazo; al que, perdido
de noche en selva espesa, cada sombra
le finge un malhechor, cada rüido

cautelosa pisada que le asombra,
y voz el viento, que su sangre hiela,
y ronca, grita y le apostrofa y nombra;

al abatido náufrago, que anhela
dirigir á la costa, en noche umbría,
el roto barco y la insegura vela;

al que en cercana posesión confía
del perseguido bien, ¡qué animadora
reaparece la luz! ¡qué hermoso él día!

III

Con vigoroso esfuerzo, que avalora
la compartida fe, de gigantea
y pasmosa invención auxiliadora,

escasa gente, que juntó una idea,
da término, impaciente y fatigada,
á incomparable y singular tarea.

Cual si fuese un delito, recatada
su propósito esconde, honrado y bueno,
con jurado silencio y fe jurada;

que vela el mal, de suspicacia lleno,
el torpe vulgo la verdad insulta
y acecha la impostura el triunfo ajeno.

Mas, como el sol, si en lóbreguez se oculta,
para surgir con nueva gallardía
y resplandor más vivo, se sepulta,

la invención, entre sombras todavía,
vencedora también, también radiante,
surgirá ante la luz: ¡no teme al día!

Tosca prensa de roble, en incesante
movimiento, uniforme y repetido,
lámina extensa, á la inferior, rasante,

alza y abate, produciendo un ruido
en que la recia máquina remeda,
al descenso y presión, hondo gemido.

Sobre la plancha que en reposo queda,
negro y móvil cilindro, en alternado
y regular impulso pasa y rueda,

y el húmedo papel que, intercalado,
opone al mutuo encuentro tenue valla
y es, á tiempos iguales, retirado,

lleno de negros caracteres se halla,
que semejan ejército tendido
en líneas paralelas de batalla.

Incontrastable ejército que, ungido
del suscitado genio por la mano,
firme, compacto, silencioso, unido,

con nuevo ardor y empuje soberano
se lanzará, resuelto, á la conquista
lenta y costosa del progreso humano.

¿Qué fuerza habrá que á su poder resista?
¿qué error, en los dominios defendidos
por vanas sombras, que á su luz subsista?

En realidad sus sueños convertidos,
ya inmóvil en la estancia, ya anhelante,
recorriéndola en pasos reprimidos;

esa inquietud pintada en el semblante
que, al ver cercano el fin, se exalta y dura
la eternidad de un siglo en cada instante,

allí muestra un anciano, á la insegura
luz, que mengua del alba ante el reflejo,
su grave y melancólica figura.

De tal modo artificio tan complejo
dirige, ó mezcla en la febril tarea
la observación feliz ó útil consejo,

que el grupo que, obediente, le rodea,
simboliza, callado y laborioso,
el brazo que ejecuta, y él la idea.

¿Quién en aquel trabajo silencioso
cuanto modesto, adivinar podría
que el genio humano, ardiente y luminoso,

sus ligaduras férreas sacudía,
y en majestad y esfuerzo inesperados
y con potentes alas renacía?

Yá la prensa sus músculos cansados
detiene, como atleta que reposa
sus miembros, del combate fatigados.

El plegado papel, con minuciosa
nueva labor y ejercitado tino,
corta y pule cuchilla presurosa,

y el *Libro de los Salmos*, peregrino,
recibe, en breve plazo, amplia cubierta
de blanco y resistente pergamino (1).

—Juan—prorrumpió una voz,—tras lucha incierta,
mira á tus pies, al fin de la jornada,
la duda esclava y la victoria cierta.—

Y añadió:—La faena terminada,
goza á solas tu gloria en este día,
si dudosa al principio, al fin lograda.—

IV

Cuando el grùpo salió, la estancia fría
cruzó, y al pie detúvose el anciano
de ancha ventana que al Oriente abría;

el libro asió, y, sentándose en cercano
y alto sitio, la frente pensadora
dejó caer sobre su diestra mano.

¿Cómo pintar su imagen soñadora,
ó su mirada, en la que el genio ardía
cual llama de un incendio asoladora,

ó la tristeza, que en su faz se unía
del triunfo excelso al gozo soberano,
en el supremo instante en que sentía

que abarcaba en el hueco de su mano,
á la vez que el impreso peregrino,
el roto enigma del destino humano?

No se copia lo grande. Al dón divino
de la propia poesía, denso velo
ante cada portento Dios previno,

y exclamar sólo es dado á nuestro anhelo,
del trueno ante el fragor: ¡ése es el rayo!
y ante el sereno azul: ¡ése es el cielo!

Describir fuera temerario ensayo
aquel varón egregio, cuya vida
rendir pudo el dolor, mas no el desmayo;

aquella imagen que vagó perdida
por las sombras de un siglo, y hoy fulgura
en su gloria más alta convertida.

Pero surge, viviente, su figura,
tal como al lienzo conservarla cabe
y en la memoria de los siglos dura (2).

Era de faz, cuya expresión süave
modera el firme trazo y la energía
de la mirada contenida y grave:

en dos su blanca barba se partía,
y, cual nieve que baja de una altura,
desde su enjuto rostro descendía:

excediendo aún al alba, la insegura
llama de la alta lámpara escalona
la sombra á trechos, y en la línea obscura

del anciano dejando la persona,
da de lleno en su frente; aquella frente
que parece pedir una corona.

Convocando solícito al creyente,
de la vecina torre el bronce herido
resonó en el espacio, y lentamente

al apagarse el último sonido,
todo volvió en la estancia muda y yerta
al silencio, un instante interrumpido.

Aquella soledad; la luz incierta
que, al oscilar, ni el ámbito esclarece
ni los contornos á fijar acierta;

la muerta calma, que animar parece
los mil rumores que el silencio habitan
cuando todo reposa y enmudece;

las sombras de las máquinas, que agitan
sus recios brazos de titán, y en ruda,
callada lid, se amagan y se evitan;

el tono austero de plegaria muda
que en el dormido ambiente la campana
dejó, al morir, su vibración aguda:

de la augusta basilica cercana
la mole, que proyéctase sombría
á través de la gótica ventana;

el crepúsculo escaso, que inducía
á dudar si era, por lo triste y lento,
sol que se alzaba ó tarde que moría;

la amarga duda, el hondo desaliento
del disputado fin..... todo invitaba
á grave y singular recogimiento.

En el sitial, inmóvil, meditaba
el anciano, y rendido al largo empeño,
tal vez su noble espíritu vagaba
por las mansiones sin rumor del sueño.

~~XXXX~~

CANTO SEGUNDO

Recuerdos.—Predicciones.

I

¡Con qué pena, á la vez dulce y punzante,
turba al hombre el recuerdo peregrino
del bien perdido y la ilusión distante,

cuando surge, al final de su destino,
la visión de su dicha pasajera,
como un último adiós en su camino!

¡Quién pudiera volver ¡ah! quién volviera,
sin la amarga experiencia de la vida,
á su dichosa juventud primera,

cuando á amar y á soñar todo convida,
y el alma inunda la ilusión dorada
por dulces manos de mujer tejida!

¡Quién pudiera volver, y la pasada
senda hollar, reanimando esas memorias
en las que estuvo el alma aprisionada;

seguir las propias dichas ilusorias,
ante el mismo dolor doblar la frente
y gozar otra vez las muertas glorias!

Tiene entonces más luz el sol fulgente,
besos el aura, que en los labios juega,
y regalada música el ambiente;

dorada venda nuestros ojos ciega,
y es la existencia punto luminoso
entre el sueño que pasa y el que llega;

turban el corazón impetuoso,
más que la gloria ó la ambición tirana,
del amor el anhelo venturoso;

la ansiada cita al pie de la ventana,
que interrumpe, en el éxtasis de un beso,
el importuno albor de la mañana.

Que eterna ley de universal proceso
lanza esa edad, en rauda torbellino,
tras de un sueño que el alma lleva impreso;

sueño, sombra ó fantasma peregrino,
si una vez lo halla el hombre en su carrera,
nunca vuelve á encontrarlo en su camino,

y en juveniles almas sólo impera:
que es la felicidad, diosa que habita
el palacio ideal de la quimera.

¡Visión de luz, aparición bendita
que en el momento de lucir se apaga,
cual flor, al tiempo de brotar, marchita;

de enamorada virgen voz que halaga
nuestro oído, y perdura en la memoria
como casto perfume que embriaga;

de la mutua pasión feliz victoria;
primeras del dolor y hondas heridas,
sed de ideal, tormentos de la gloria;

dichas por la ilusión engrandecidas,
deslumbradoras antes de logradas
y fugaces después de conseguidas;

del porvenir promesas malogradas,
imágenes del triunfo perseguido,
vivas casi en fuerza de soñadas;

creaciones sublimes, que habéis sido,
al menos ¡ay! dulcísimas mentiras!.....
¡Infortunado aquél que os ha perdido!

¡Sólo tú quedas ¡oh dolor! que inspiras,
más que piedad, desdén indiferente
del mar humano en las revueltas iras,

mientras vuela del tiempo la corriente,
y nos empuja el peso de los años
de la vejez por la áspera pendiente!

¡Época ingrata, en que á los propios daños
se juntan, ostentándose sin velo,
los antes no sabidos desengaños;

en que en vano del hombre el justo anhelo
interroga al enigma de la vida.....
que está muda la tierra y mudo el cielo!

En que nuestra razón, antes dormida,
ve el bien pasado, las desdichas ciertas,
y pronta, inevitable, la partida;

y en el puñado de cenizas yertas
de la hoguera que ardió, si las remueve,
recuerdos vivos y esperanzas muertas.

¡Edad infausta, que á apagar se atreve
los sueños que en la frente hicieron nido
un montón arrojándoles de nieve;

en que, todo disperso y confundido,
parécenos vivido lo soñado
y sueño de un instante lo vivido;

y el tiempo, para siempre malogrado,
interminable y lento mientras pasa,
y fugitiva sombra si ha pasado!

¡Ah! Si es el hombre, en su ventura escasa,
polvo que avienta el aire, y del vecino
surco, al caer, ni el límite rebasa,

y forzado y doliente peregrino,
á tientas marcha por incierta vía,
su origen ignorando y su destino;

si es verdad que es la vida lucha impía,
y que en ella sucumbe aquel que lleva
el bien por norma y la virtud por guía,

mientras sus triunfos fáciles renueva
quien hacer de la suerte ha decidido,
en lugar de una esposa, una manceba;

si es el éxito audaz enaltecido
y todo singular merecimiento
la ingratitud lo mide y el olvido;



si hay almas del dolor, á fin cruento
nacidas y á la infamia destinadas,
del vicio y del arroyo vil fermento,

y almas, en el nacer afortunadas,
que asisten al banquete de la vida
bajo lluvia de rosas deshojadas;

si la muerte, en las sombras escondida,
también injusta en su infeliz tarea,
acecha, como á víctima escogida,

antes que al torpe que en el mal se emplea,
al que lleva en su frente soñadora
las señales del paso de una idea;

si es ¡ay! verdad, verdad desoladora,
que espera al sér, del mundo en los umbrales,
el blando yugo ó carga abrumadora

del no ganado bien, ó fieros males,
mostrando que los hombres nunca han sido
ni en el nacer ni en el morir iguales,

¿de qué sirven, si nada han merecido,
la limpidez del alma inmaculada
ni la conciencia del deber cumplido?

¿De qué rendir, con fe no quebrantada,
á un noble intento la existencia entera?.....
¡Si esta vida extinguiérase en la nada,

como un triunfo del mal; si no tuviera
sanción más justa y término más alto,
ni aun el nombre de vida mereciera!

II

Así, de los recuerdos al asalto,
su vida ante el anciano reaparece,
y, agitándolo en mudo sobresalto,

destácase en la sombra, y aparece
cada episodio, rápido fulgura
y en la sombra otra vez se desvanece.

Y en esa edad en que, inocente y pura,
recibe el alma la impresión primera
que, á través de los años, vive y dura,

y del hombre la suerte venidera,
ya al anónimo olvido le destina,
que en brazos de la muerte nos espera,

ó por senda de gloria le encamina
cuando invisible mano la señala
y la antorcha del genio la ilumina,

en la ciudad en donde mora, gala
del Rhin, en cuyo cauce, á corto trecho,
viértese el Main, que á unírsele resbala,

contempla el noble hogar, hora deshecho,
donde rodó feliz su cuna de oro
bajo dosel de artesonado techo (3).

Más de una vez, del señorial tesoro
función útil y propia, vió ejercida
la de batir moneda, y que el sonoro

disco de áureo metal muestra esculpida
fácil leyenda, por sutil invento
en el troquel finísimo invertida.

Desde entonces, hirió su entendimiento
de una luz, más que vista, vislumbrada,
el retenido y grave pensamiento (4).

Más tarde, por contiendas asolada
la tierra en que nació, brindóle asilo
la opulenta ciudad del Ill bañada;

y allí su fama, al par que el intranquilo
combate, empieza, en que le hiere astuto
del infortunio el acerado filo.

De la florida edad noble atributo,
allí rindió su juventud lozana
á la belleza el natural tributo,

y la pasión del mundo soberana,
llamó de su alma á la cerrada puerta
en la figura espléndida de Ana (5).

Y allí está ahora, en la penumbra incierta,
trasunto de celestes lejanías,
viviente imagen de esplendor cubierta,

renovando sus muertas alegrías
y sus breves recuerdos de ventura
con los encantos de mejores días.

Allí está, proclamando su hermosura,
que agotó los angélicos diseños
pincel divino, en su mortal hechura.

Jamás, en sus altísimos empeños,
idealizó beldad tan peregrina
en las cumbres doradas de sus sueños.

Tan excelsa la halló, que aun la imagina
creación divina para ser humana,
y, á un tiempo, humana para ser divina.

Aumentan su belleza sobrehumana
la luz süave en que aparece envuelta,
la augusta paz que de su rostro emana,

el blanco traje que la ciñe, esbelta,
y la opulenta cabellera blonda
en doble trenza por la espalda suelta.

No hay trazo de su faz que no responda
al conjunto ideal, ni existe velo
que tan profusa perfección esconda.

Azules son sus ojos, como anhelo
de virgen, y reflejan, soñadores,
la dulce imagen de perdido cielo.

Modera, en su mejilla, los colores,
nieve, agolpada en la encendida rosa,
como suele cuajarse entre las flores.

Es ella, sí: de su cintura airosa
majestuoso yérguese y sereno
el amplio busto escultural de diosa,

de tantas gracias y de hechizos lleno,
que el propio amor, vencido, se adormece
en las curvas süaves de su seno.

Como el fúlgido sol, cuando amanece,
antes de alzarse en la dormida esfera
con precursores rayos la esclarece,

ante él Ana se alzó; de tal manera
como si, emblema del pudor austero,
fascinadora luz la precediera,

é hirióle amor, tan rápido y certero,
que, entre verla y amarla, todavía
no acertára á decir qué fué primero.

¡Ah! ¿Por qué al bien fugaz sigue y espia
recatado el dolor, como la obscura
noche callada al luminoso día?

Pasó, como del mísero que apura
del infortunio la crueldad cobarde,
un ensueño engañoso de ventura;

como del día el fugitivo alarde,
dicha, esplendor y gloria en la mañana,
y sombras y tristezas á la tarde.

Y encontróse á sí mismo: la liviana
pasión vencida, renació la idea,
íntegra ya, de su niñez lejana;

los sueltos moldes imagina y crea,
y consagra su esfuerzo soberano
del sorprendido invento á la tarea.

Concertando los signos hábil mano,
¿no será veces mil reproducida
la ardua labor del pensamiento humano?

¿No hállase en cada tipo contenida
larga serie, en que esculpe su poema,
desde el átomo al sol, la excelsa vida?

¿No son los astros conjunción suprema
de alfabeto inmortal, de lo infinito
digna portada y compendioso emblema?

Del mar inmenso el poderoso grito,
¿no es la estrofa de un himno resonante
que, incontables, las olas han escrito?

¡Pues así la invención! Nace, y, triunfante,
el bien del hombre en lo futuro labra:
surge y decide, en venturoso instante,

que el templo del saber sus puertas abra,
y en él oiga, á la vez, la sorprendida
gente, del genio la inmortal palabra;

y la ciencia, en los claustros reclusa
y en el código ignota, cual corriente
veloz, por largo tiempo contenida,

que el obstáculo salva, y, de repente,
campos sin fruto y sin verdor allana
que transforma en comarca floreciente,

sus diques rompa, inunde soberana
el yermo campo do la espera ansiosa,
de luz sedienta, la conciencia humana,

y en el alma del pueblo vigorosa,
que un aura yá de libertad orea,
aliento cobre y savia generosa,

y, en la labor renovadora, sea
el genio fuerza, apostolado el arte,
la ciencia acción y voluntad la idea.

Mas no rinde su inútil baluarte
el torpe error, aunque la luz le ciegue
que, yá en su cuna, la invención reparte,

y al inventor, cuando á la prueba llegue,
ingrato el hombre, que alza y que redime,
ha de ser quien le venda y quien le niegue.

Que cuando el hombre en servidumbre gime,
sufre, cede, y, cayendo en vil letargo,
acaricia la mano que le oprime.

Y apuró el cáliz del dolor amargo
el noble anciano, y penetró en su seno
el desaliento fatigoso y largo;

y al afirmarse, impávido y sereno,
en la fe, que los triunfos asegura,
de generoso ardor el pecho lleno,

le salió al paso la codicia impura;
vislumbró un sol de gloria peregrino,
y velado lo vió por la impostura,

y cuantas veces quiso á su destino,
animoso, avanzar, un miserable
puñado de oro le cerró el camino (6).

Mas persiste otra vez, con incansable
constancia: que la suerte nunca abona
tibia fe ni propósito mudable.

¡Tiene su precio la inmortal corona,
la gloria con martirio se rescata,
y el triunfo á la constancia galardona!

¿A qué nombres citar? De la insensata
y ardua ambición la indómita fiereza;
la pasión que á dos almas arrebató,

de culpa ejemplo, asombro de firmeza;
las sangrientas jornadas por la gloria,
crímenes son de trágica grandeza;

pero el crimen vulgar, de ruin memoria,
jamás, por despreciable, ha merecido
el augusto anatema de la Historia.

El eterno silencio y el olvido,
el torcedor del alma, de la impia
y grave falta la expiación han sido.

¡Que ay del que mata á su conciencia un día,
y al triste fin de su existencia avanza
abrazado al cadáver todavía!

III

Muestra de genio al mundo y de pujanza,
de la invención propagador y amigo
fué un gran pueblo; el que insólita esperanza

brindó á Colón y generoso abrigo;
de cuya gloria, un nuevo continente
del mar alzóse para ser testigo.

Surge allá, en la ciudad que alza su frente
entre las frondas del verjel que riega
del sosegado Turia la corriente;

en la que baña, en la andaluza vega,
el Betis caudaloso; á cuyo suelo
ni un solo dón Naturaleza niega;

y en la de industrias singular modelo,
que tiene por alfombra y por corona
glorioso mar é incomparable cielo.

Mas la visión profética no abona
la inmediata victoria, y nuncio ha sido
que en venideros siglos la pregona.

Nunca al genio inmortal fué concedido,
de su vida en la eterna incertidumbre,
ver el soñado triunfo conseguido.

Y, siempre esquiva la gloriosa lumbre,
tan sólo alcanza, su misión cumplida,
vencer de su ideal la excelsa cumbre
y vislumbrar la tierra prometida.

— ❦ —

CANTO TERCERO

Las dos voces.

I

Súbito, entre las sombras dibujada,
de crespones cubierta, el soberano
rostro marchito y muerta la mirada,

del salón en el ángulo lejano
una imagen se alzó, que parecía
la estatua muda del dolor humano.

Habla, no obstante, y en la estancia umbria
siniestro resplandor se extiende lento,
cual niebla del pantano opaca y fría.

«¡Gutenberg!—la voz dice, con acento
doliente y vario, cual si, á un tiempo, fuera
suspiro, imprecación, ruego y lamento.—

»No la victoria que á tu invento espera
será un bien, sino embate en que el humano
luche y maldiga y desespere y muera.

»Templo á otros nombres alzará su mano,
libre y feliz creeráse, en su locura,
y cambiará tan sólo de tirano,

»y servirá al humilde la cultura,
con su rudeza conquistada en guerra,
para medir mejor su desventura.

»Yá, presuroso el mal, sus huestes cierra
para fundar el mísero reinado
del odio y la ambición sobre la tierra.

»Tu obra contempla.» Y, como mar airado,
ve extraña muchedumbre, y sus clamores
oye, á la vez confuso y asombrado;

y ve que, del tumulto instigadores,
los que conducen la moderna gleba,
los más hábiles son, no los mejores;

los que la fácil opinión eleva,
que es de ellos obra; los que el vulgo sigue
sin saber dónde va, ni quién le lleva.

Y el que el aplauso popular consigue;
aquel que, antes que el propio y laborioso
merecimiento, el éxito persigue;

el que, de fuerza y de poder ansioso,
el odio vil, que la ocasión espera,
siembra entre el miserable y el dichoso,

forjan escudo á la codicia fiera,
del arte, que su ingenio, como guía,
en hora infausta al universo diera.

Y el libro, dón excelso, que debía
ser, como voz del numen escogido,
página de oro en que irradiase el día;

en que, entre hermosas galas, no advertido
se halla el funesto error ó el torpe anhelo,
como abismo entre flores escondido;

y la sátira infame, y el libelo,
que ocultan el designio vergonzoso
de la verdad bajo el augusto velo,

el cuadro completaran ominoso
si hoja diurnal no hubiera, del invento
si el dón más pasajero, el más precioso.

Que la diaria hoja impresa, el instrumento
del progreso y del bien, que ser debiera
luz y verdad, altura y pensamiento,

infranqueable, altísima barrera
es al mérito insigne, y de ella sólo
el más audaz ó astuto se apodera.

Y voz de la injusticia, arma del dolo,
montón, á veces, de turbado cieno,
proclamado poder de polo á polo,

ya en ella impera, de perfidia lleno,
el misero que ve la ofensa propia
en el aplauso del talento ajeno;

ya el que á su baja condición la apropió,
y, en vez de alzar de la protesta el grito,
la humana lucha y sus pasiones copia,

y, el deber ya del corazón proscrito,
con su conciencia en fácil acomodo,
cubre de galas el vulgar delito.

Y es fuerza tal la prensa, que halla modo
de que pueda, escalando su tribuna,
quien de todo carece, darlo todo;

y, al par que daña, ofende ó importuna,
logre la inhábil pluma asalariada
falsificar la gloria y la fortuna,

allanar al más vil la cumbre ansiada,
engrandecer oscuras medianías
y levantar prestigios de la nada.

Y del turbado sueño en las sombras
anticipadas horas, ve el anciano
de sangre y luto venideros días,

mientras, á salvo, del que dió inhumano
torpe ocasión al criminal intento,
encubre el guante la sangrienta mano.

Y vaciló: ¿á qué humano entendimiento
no es común el error? Pero la impura
visión no apaga su indomable aliento.

Siempre el águila ciérnese en la altura,
y si, abatida, á reposar descende,
en las cimas será, no en la llanura.

II

Y nueva voz, que el ánimo suspende,
de íntima y no escuchada melodía
y que tan sólo el corazón comprende,

le habla en el alma; y huye la sombría
turba que abortó el mal, como ilusoria
visión de un sueño ante la luz del día.

Y, envuelta en vivo resplandor de gloria,
destácase figura soberana
ceñida del laurel de la victoria.

«Miente—la voz prorrumpe sobrehumana—
quien de males acusa al noble invento
que puso en él la imperfección humana.

»De todo bien es precio el sufrimiento,
y por la lucha arrebatada y fiera
se mide la grandeza del intento.

»En tu invención sublime persevera;
que si entre sombras la miraste un día,
¡ay de la humanidad si no existiera!

»Que ella es la ansiada luz, ella es el guía,
ella es la libertad; con serlo sólo
á redimir el mundo bastaría.

»Por ella, exenta de perfidia y dolo,
será toda la tierra espacio abierto
al progreso inmortal, de pólo á polo.

»Huyen los siglos, y en su curso incierto,
todo pasa, sucumbe ó se renueva.....
¡Sólo ella vive, mientras todo ha muerto!

»Hora es del triunfo.» Y clara luz se eleva
que ilumina la tierra, antes sombría,
do ve una humanidad distinta y nueva.

Se redimió de la miseria impía,
y desterró del alma la ignorancia,
que es miseria más grande todavía.

Conoce el hombre la inmortal substancia
que inflama el sol, y del jugoso suelo,
cómo la flor fabrica su fragancia,

Naturaleza, al fin, colmó su anhelo,
y ante él, cual desposada venturosa,
palpitante de amor, rasgó su velo.

Del sol vibrando la onda poderosa,
dócil la fuerza en su segura mano,
la tierra en dones pródiga rebosa;

descúbrele la vida su hondo arcano,
le abre el aire región inexplorada,
y está, á sus pies, vencido, el Oceano.

Y en el mundo moral, la paz soñada,
del tiempo muerto en la veloz carrera
seguida siempre, pero no alcanzada,

reina; y, triunfantes por la vez primera,
donde el mal estampó su huella impía,
álzase el bien y la justicia impera,

con tan vivo fulgor, que ante él sería
obscura mancha el sol esplendoroso
y lóbreguez la claridad del día.

Como acontece al hombre, si es dichoso,
fábula el tiempo del dolor proclama,
y libre el pecho, altivo y animoso,

del odio triste y la pasión que infama,
árbitro de sí mismo y soberano,
sueña, canta, edifica, espera y ama.

Del ideal se encuentra tan cercano,
que, si mueve su brazo inquieto anhelo,
parece que lo toca con la mano.....

Mas no lo alcanza. Impenetrable velo
muéstralo á sus miradas escondido;
y no es feliz, porque le espera el cielo.

III

Reinó augusto silencio, interrumpido
por el toque de alzar, que en la cercana
iglesia esparció lento el bronce herido;

y, á la vez, de la gótica ventana,
por la alta ojiva, penetró el primero
tibio rayo del sol de la mañana.

Despertóse, al sonido postrimero,
el insigne inventor, del luminoso
triunfo inundado su semblante austero.

En el sitial irguióse, y, presuroso,
en el cielo clavando la mirada,
el primer libro impreso, el dón precioso

alzó sobre su frente venerada,
de rodillas cayendo el noble anciano,
como si alzase la hostia consagrada
del redimido pensamiento humano.

NOTAS

(1) El *Libro de los Salmos*, primero que se imprimió, publicóse en 14 de Agosto de 1457 por Fausto y Schoeffert, socios que habían sido de Gutenberg, quienes, para cobrarse las deudas por éste contraídas con aquél, le habían embargado las máquinas y tipos de imprimir; y que tuvieron la avilantez de poner al fin de la obra las siguientes líneas: «Este codicilo de los Salmos, ornado con bonitas iniciales y con rúbricas, ha sido hecho por medio de la invención artística de la imprenta y de la construcción de tipos, sin recurrir á la pluma; y terminado, para gloria de Dios, por la aplicación de Juan Fausto y Pedro Schoeffert en el año del Señor de 1457, vispera de la Asunción de la Virgen María.»

Como se ve, los impostores omitieron el nombre de Gutenberg. Sea lícito al poeta corregir esta infamia de los hombres, con tanto mayor motivo cuanto que, impreso el libro por medio de la invención del insigne maguntino y valiéndose de sus propios tipos y prensas, la publicación del primer libro impreso es virtualmente suya.

(2) El retrato más antiguo, y tenido por auténtico, del inventor fué destruido en 1870 por el incendio de la Biblioteca de Strasburgo. Afortunadamente, queda una buena copia de ese retrato en la Biblioteca municipal de Maguncia.

(3) La casa de la familia de Gutenberg, en la que puede casi asegurarse que nació el insigne inventor, se hallaba situada junto á la iglesia de San Cristóbal (hoy calle de San Cristó-

bal, núms. 2 y 2 $\frac{1}{10}$). En 1462 pasó el edificio á poder del Príncipe elector de Maguncia Adolfo de Nassau; en 1633 fué destruido por los suecos, reedificado en 1661 por el canciller Mehl, y cedido en 1666 á la Universidad para clases y biblioteca. Más tarde se convirtió en un café, y desde 1808 en el Casino Gutenberg, que se incendió en 1894. En su emplazamiento se alzan hoy varias casas de comercio.

(4) Pasa como cosa admitida que, siendo la familia de Gutenberg de las más antiguas de Maguncia, tenía y ejercitaba el derecho de acuñar moneda, y se supone que el inventor pudo ver, desde su niñez, con todos sus detalles, el arte de acuñar, que tantas analogías tiene con el de la tipografía.

(5) Se tiene conocimiento de estos amores de Gutenberg por un curioso proceso seguido ante el juzgado episcopal de Strasburgo, á instancias de la llamada Ana Puerta de Hierro, que le acusaba de no haberle cumplido palabra solemne de casamiento. Ignórase si la litigante logró el objeto que se proponía.

(6) Después de agotada su fortuna, Gutenberg tuvo que acudir, repetidamente, á préstamos usurarios, siendo de ellos el más importante el que contrajo con el citado Fausto, quien le privó, mediante un embargo injusto, de los aparatos y tipos de imprimir, como ya se ha dicho en la nota número 1, retardando, ya que no cerrándole por completo, los medios y el camino para tocar los resultados de su invención.



M. M. BEJARANO

Precio en toda España..... 1 peseta.
Extranjero..... 1,75



UNIVERSIDAD DE SEVILLA



600735028